

Después del bautismo de Juan, el Evangelio de hoy nos dice que Jesús se fue a vivir a Cafarnaúm, en la región de Zebulón y Neftalí. Esta región al oeste del río Jordán era conocida como la "Galilea de los gentiles". En su mayoría judía, estaba rodeada de pueblos gentiles (considerados "paganos" por los observantes judíos religiosos; pecadores que se les consideraba fuera de la Alianza y las promesas dadas por Dios a Moisés y al pueblo hebreo) siendo este "*el pueblo que caminaba en tinieblas*", como lo relata Isaías en la primera Lectura. Este detalle es importante. Al comenzar Jesús su ministerio público, él no acudió a los observantes judíos religiosos—"los salvados", sino con la palabra que frecuentemente usa el Papa Francisco: los de las "periferias", los de las márgenes y los marginados. A menudo hablamos de las periferias que son pobladas por los pobres, inmigrantes, refugiados y las otras gentes sin autoridad. Esto es suficientemente cierto. Sin embargo, hoy me gustaría sugerir a otro grupo que habita en las periferias; personas cercanas a nuestro hogar, personas dentro de nuestra propia comunidad, personas dentro de nuestras propias familias.

En los últimos 50 años, más de 26 millones de estadounidenses han abandonado la fe católica. Las razones son muchas pero siempre únicas para cada individuo. Solo en las últimas décadas, los bautismos han caído en más de un 40%; los matrimonios sacramentales se han desplomado en los dos tercios; y el porcentaje de católicos que asisten a misa todas las semanas ha bajado a más de la mitad, alrededor del 20%. Aproximadamente 4 de cada 10 católicos que han "nacidos y criados" en la fe, ya no se identifican como católicos y por cada persona en los Estados Unidos que se convierte o entra en una plena comunión de la fe católica, siete se van. La segunda denominación religiosa más grande en nuestro país después de los católicos son los excatólicos. El año pasado fue la primera vez que una mayoría de los hispanos en los Estados Unidos dijo que ya no se identificaban como católicos. Aunque los recientes escándalos han contribuido a esta tendencia, y a la participación de los católicos en la vida de la Iglesia—usualmente se mide por la asistencia a la misa dominical— ha estado disminuyendo por varias décadas. Mi observación personal como pastor confirmo esto mientras leo, presento y comparo con presentaciones anteriores del informe estadístico anual que la parroquia presenta a la arquidiócesis cada primavera. De conversaciones con muchos de ustedes, sé también de su preocupación y sufrimiento por este fenómeno presente en sus inmediatas y extendidas familias.

El Evangelio de hoy no solo nos dice que Jesús comenzó su ministerio público yendo a las periferias, sino también que es la historia del llamado de los primeros discípulos. En su misión de llevar el Evangelio de la salvación de Dios y establecer el Reino de Dios en este mundo, Jesús no es un "llanero solitario", sino que él elige en asociarse a otros, la gente común, con él en su trabajo: Pedro, Andrés, Santiago y Juan. Así como la tierra de Zebulón y Neftalí, y este hecho también es importante. A través del bautismo y la confirmación, Jesús nos está llamando a cada uno de nosotros de ser sus colaboradores, sus discípulos. Nosotros también estamos llamados a ir a las periferias, no solo a las periferias de nuestro mundo o sociedad, sino también en el

"territorio misionero" que está cerca de su casa, aquellos con quienes vivimos, trabajamos y socializamos, una cantidad de personas que ya no vemos o que ya no están involucrados con nosotros en una vida activa de la Iglesia.

A estas personas es que se nos envía para traerlos a la fe, o volverles a encender la luz de la fe. Eso de menear los dedos, de hacer una arenga, de condenar no son el camino de Jesús, ni deberían ser los nuestros. En los Evangelios, las únicas personas a las que Jesús señaló con un dedo enojado eran los que tenían pretensiones de superioridad moral como "más santos que ustedes". San Francisco de Sales, cuyo día de fiesta fue el viernes pasado, nos da buenos consejos. Francisco fue muy exitoso en reconectar a las personas que habían abandonado la Iglesia en Ginebra, Suiza, y sus alrededores en la época de la Reforma. ¿Su estrategia? En pocas palabras, como el refrán lo dice: "Tú atraes más moscas con una cucharadita de miel que con galones de vinagre". Francisco, como Jesús, era un sembrador, generosamente ofreciendo la semilla de la hospitalidad, la invitación, la amabilidad, la compasión, la amistad y el diálogo. Al igual que Jesús, Francisco no se preocupó por los resultados. Su trabajo era sembrar semillas y dejar el resto a la gracia de Dios en el corazón de aquellos con quienes se asociaba. Una promesa de rezar por alguien que estaba enfermo; estar allí en un momento de crisis familiar o personal oyendo atentamente con su oído y corazón; buscando de sanar un daño personal del pasado o un sufrimiento de un daño sufrido dentro de la comunidad de la iglesia; invitar a alguien para que te acompañe a la misa u otro evento de la iglesia quién no haya estado en ella por un tiempo y que se sienta contigo—estas son solo algunas pequeñas formas que pueden ser ligeras y que tocan corazones oscuros o indiferentes.

*“El pueblo que caminaba en tinieblas vio una gran luz”.* ¿Dónde están las periferias a las que Dios me está enviando como luz, como sembrador?

Padre Jim Secora